

Eithrie

El fuego chisporroteaba y diminutas chispas anaranjadas, brillantes como pequeños soles que se desvanecían en un único fogonazo, se elevaban hacia el cielo oscuro, plagado de estrellas. Una niña estaba sentada al otro lado de la hoguera, las rodillas recogidas contra el pecho, sucias y llenas de llagas, cubiertas por los mechones rizados y enredados de su largo pelo. Sus ojos brillaban, oscuros, reflejando las llamas bailarinas, fijos en las brasas. Una rama, ya medio carbonizada, perdió su apoyo y rodó por entre los rescoldos, quebrando la calma y el ensimismamiento de la niña con una lluvia de efímeras luces.

Apagando con el pie las ascuas que habían escapado de la hoguera, la pequeña levantó la mirada y una sonrisa apareció en su rostro hasta entonces inexpresivo.

—Raneb...

—¿Qué haces, preciosa? ¿Aún observando las llamas? Te vas a acabar quemando los ojos.

Un anciano, con movimientos lentos y temblorosos, se sentó a su lado. La niña se apoyó en él y el hombre le rodeó los hombros con un brazo delgado, de

piel morena y arrugada. Le apartó la melena y le dio unos suaves golpecitos en la rodilla.

—Dime la verdad, ¿qué haces despierta a estas horas? Hace mucho que se ha puesto el Sol, y tu madre ya duerme.

—No es verdad. —La niña levantó la mirada, con una expresión sorprendida en el rostro—. Está ahí tumbada, haciendo como que duerme, pero está despierta. Como tú.

—¿Te dejarás engañar algún día? —rio el hombre. Una risa suave se le unió desde el otro lado de la hoguera, procedente de un cuerpo tumbado que se dio la vuelta, dejando que las llamas iluminaran su rostro de mujer—. ¿Tú qué crees, Nadzieja? Tu hija mayor es astuta como un lince.

—Lo es y siempre lo ha sido— dijo, incorporándose sobre un codo y sonriéndoles—. Eithrie es una chiquilla muy especial, sobre todo a la hora de ir a la cama: no sabe dormirse sin que le cuenten un cuento, ¿o no, Eith? ¿No era eso lo que estabas esperando?

La niña se sonrojó y ocultó la cara entre el pecho y las rodillas, mirándolos de reojo por entre la cascada enmarañada de sus cabellos. Murmuró algo, que ni siquiera ella oyó con claridad y Raneb rio. Acomodándose mejor, dejó que la mirada se le perdiera en el infinito, en el horizonte iluminado por la pálida Luna.

—Un cuento... —murmuró, como si estuviera rebuscando algo en su memoria—. No, un cuento no: una historia. La historia de la Última Guerra, de cómo Clasmathia llegó a ser lo que es hoy, y de porqué estamos donde estamos y somos como somos... ¿Te parece bien?

La niña levantó de nuevo la cabeza y asintió en silencio, olvidada la vergüenza. Clavó sus ojos castaños en el rostro del anciano, que parecía perdido en un tiempo muy, muy lejano.

Capítulo I

<<Clasmathia no ha sido siempre como es hoy, un desierto rodeado por un mar oscuro y con un corazón hecho de montañas. Hubo un tiempo en que fue un lugar frío como los corazones más huraños: un mundo en que el hielo y la nieve cubrían el horizonte, dueños indiscutibles de la tierra; un mundo donde las nubes oscuras encapotaban eternamente los reinos del cielo. El Sol no besaba jamás la tierra, la noche y el día no se distinguían.

Y, antes de ese otro desierto tan distinto del de hoy, Clasmathia era un mundo aún más diferente si cabe. Una tierra rebosante de vida y verdor, en la que hombres, mujeres y niños vivían esparcidos a lo largo y ancho entre otro mar más claro y unas montañas más lejanas: nacían niños, morían ancianos, sonreían y lloraban, envueltos en una bonanza que no sabían que tenían. Sin embargo, no era Clasmathia el único lugar en el que habitaban los humanos...

Entonces los humanos eran gentes sin número que vivían en grandes ciudades, miles y millones de personas, como una gran bandada de pájaros. Había tierras más allá del mar, tierras tan vastas que una persona no podía ver el final. Tierras con montañas, con lagos, con bosques, con ciudades y llanuras. Tierras distintas, pero al fin y al cabo todas iguales: tierras profundamente humanas, en las que ningún Extraño había puesto aún el pie.

Los humanos eran los dueños del mundo.

O, por lo menos, creían serlo.

Creían ser los dueños del agua, del aire, de la roca y la arena. Dominaban a los animales, a los árboles y al traicionero fuego, al rayo que desgarraba el cielo y al trueno que tiembla en la noche, y en sus grandes ciudades habían olvidado lo que era vivir sin que les rodearan las paredes de roca. Habían olvidado que los ojos servían para algo más que para mirar una pared de piedra.

Tanto olvidaron, que un día no fueron capaces de recordar que el mundo no era su enemigo y quisieron domarlo, ponerle precio y venderlo. Usaron todo lo que encontraron a su alcance, quemaron, ensuciaron, quebraron... violaron su único y verdadero hogar por brillantes tesoros, mancillando con pútrido veneno los arroyos que les daban de beber. Y cuando quisieron darse cuenta fue demasiado tarde. La tierra ya no daba fruto, no había peces en el agua y el aire les quemaba los pulmones. Se ahogaban con los frutos de su codicia y, en su ahogo, siguieron ciegos y se atacaron unos a los otros: cuando se fallaron a sí mismos, culparon a los demás.

Pero ya no era una guerra de garras y colmillos, no, ni de puños y cuchillos. Tenían armas que quemaban, armas que destrozaban con un soplo de viento, venenos que arrancaban la piel y fuegos que ardían desde dentro de los huesos. Hicieron arder el mundo, dejaron caer lluvia venenosa sobre las casas de sus vecinos, pensando que cuando mataran a los demás, ellos serían libres.

Pero, ¿lo fueron? ¿Llegaron algún día a serlo? ¿Llegamos, nosotros, a ser libres, pequeña? ¿Lo somos hoy?

Cuando asesinamos a nuestros vecinos y nuestros vecinos nos mataron a nosotros, pocos sobrevivieron y los que consiguieron escapar al fuego y la lluvia, enfermaron. Su piel cambió de color, su pelo encaneció y cayó de sus cabezas, sus

ojos dejaron de ver y sus manos temblaron. Ya sin fuego y sin lluvia, siguieron muriendo sin que nadie supiera porqué.

Nacieron niños que nunca parecieron niños, a los que las llamas y el ahogo que habían sufrido, sus madres convirtieron en monstruos. Nacieron niños vivos y niños muertos, y niños que murieron al poco de nacer. De los pocos que sobrevivieron, muchos fueron cambiando a medida que crecían y cuando sus madres quisieron darse cuenta ya sus ojos eran distintos, sus rostros eran distintos, sus cuerpos eran distintos.

Nacieron los Extraños.

Y los humanos los abandonamos. Eran diferentes, eran peligrosos. Eran el recuerdo andante de los hermanos a los que habíamos hecho arder, del fuego que nos había consumido a nosotros. Nunca hemos querido recordar, hasta que ha sido demasiado tarde y la realidad se ha confundido con la leyenda.

Muchos Extraños murieron, pero otros sobrevivieron, y cada vez se hicieron más fuertes. Crecieron, nacieron niños Extraños a la vez que morían los nuestros, y cada vez nos fuimos alejando más. Tanto, que un día dejamos de saber que eran nuestros hijos, los hijos de nuestros hijos, los hijos de sus hijos. Y cuando lo olvidemos del todo, ya no recordaremos nada.

Mientras tanto, el frío se fue apoderando del mundo. Un frío oscuro, que se clavaba en la tierra como un cuchillo, y que duró años y años. Cientos, miles de años... eternidades.

Y después del frío, llegó el calor. Las nubes se disiparon y los pocos humanos que habían sobrevivido salieron de debajo de la nieve, con sus hijos tiritando agarrados contra su pecho. Agradecieron el Sol, hasta que se olvidaron de que había hecho frío alguna vez.

Siguió pasando el tiempo y se siguió perdiendo la memoria. Los Extraños se convirtieron en seres de leyenda que de vez en cuando aparecían en el horizonte... que aún, de vez en cuando, aparecen en el horizonte.

Seguimos vivos, mi niña, y nos hemos olvidado de lo que fuimos, de lo que fue Clasmathia. Quizá nada de esto sucedió, quizá es sólo un cuento para contar a la luz de una hoguera en una noche como esta... puede, pequeña, que sólo sea un cuento. Una historia más de entre las pocas que quedan en mi memoria.>>

Eithrie acarició los cabellos rubios de la niña que tenía la cabeza apoyada en su regazo. Al parpadear en el súbito silencio, le pareció oír la voz de Raneb, tan alejada ahora en el tiempo, dándole las buenas noches después de contarle esa misma historia. Apartó un mechón del rostro de Maisha quien, medio dormida, seguía mirando hacia el infinito, acurrucada contra ella. Sus ojos verdes brillaban, húmedos, y su hermana mayor le secó una lágrima que le resbalaba por la nariz.

—Vamos, Sha. Es hora de acostarse.

—No me gusta esa historia, Eith —le dijo la niña, incorporándose y dejándose guiar hacia su lecho, ya preparado—. Me hace pensar que somos malas personas.

—¿Malas personas? —Eithrie la ayudó a acostarse y se tumbó a su lado, rodeándola con los brazos—. ¿Tú crees que má es mala persona? ¿Que yo soy mala persona?

La niña negó con la cabeza.

—Entonces los humanos no tienen por qué ser malas personas, Maisha. —
Le dio un beso en la frente y le sonrió—. Además, eres tú la que pides que te
cuenta justamente esa historia.

—Porque quiero saber cómo era todo antes.

—¿Antes? ¿Y cuándo es antes? Sabes tan bien como yo que esta historia no
tiene por qué ser verdad, mi niña. A mí me la contó Raneb y no sé quién se la
contó a él. No hay nadie que pueda decirnos lo que pasó o dejó de pasar...

—¡Pero por lo menos esta historia cuenta algo! —La niña se removió hasta
quedarse tumbada de espaldas, mirando al cielo. Quedó en silencio unos
segundos y finalmente suspiró—. Un día... Un día, dentro de muchos, muchos
años, Eithrie, alguien se preguntará cómo eran las cosas hoy, qué sucedía cuando
tú y yo estábamos vivas. ¿Y sabes qué?

—¿Qué?

—Pienso encontrar una manera de que lo sepan.

—¿Sí? ¿Y cómo?

—Sí. No sé cómo, pero la encontraré —asintió, con la decisión reflejada en
el rostro—. Te lo prometo.

No dijo nada más después de eso. Dio un beso a su hermana y luego se
enterró bajo las pieles. No pasó mucho tiempo hasta que el subir y bajar del
pecho de la niña indicó a Eithrie que ya estaba dormida, y entonces la joven se
levantó. Se estiró y observó unos instantes el cuerpo acurrucado a sus pies. Sonrió:
no recordaba haber conocido, nunca, a nadie como Maisha. Esa niña era muy
distinta al resto de personas que conocía... aunque, tenía que reconocerlo, no
había conocido a otros niños aparte de su hermana. Ella misma y su hermana,
varios bebés, y un niño que cuando ella era pequeña solía tirarle piedras y reírse

de ella, al que intentaba olvidar y nunca contaba cuando hacía inventario de esas cosas.

Intentó volver a encauzar sus pensamientos y no lo consiguió. Era tarde, estaba cansada. No era momento de ponerse a pensar en cuántos niños había conocido o dejado de conocer y, además, no iba a sacar nada en claro. Nunca sacaba nada en claro a esas horas de la noche. Le valía más pensar en qué dirección tomaría por la mañana: llevaba varios días volviendo a casa con las manos vacías, y aunque el resto del grupo no les permitiera pasar hambre, estaban empezando a dedicarles duras miradas. Tenía que conseguir cazar algo, y eso era mucho más fácil decirlo que hacerlo.



Llevaba varias horas caminando sin que ningún ruido ni movimiento le indicara que había algún rastro de vida en la llanura, aparte de ella misma.

Mientras caminaba, iba trenzando sus cabellos: le gustaba llevarlos sueltos, sentir el viento removiéndolos... pero sabía que, si no los recogía, a la noche la única parte que le gustaba de su cuerpo se habría convertido en un enredo enorme que le llevaría horas deshacer.

No había acabado aún, cuando un movimiento llamó su atención.

Sus manos actuaron solas: una fue a su bolsa y sacó una piedra, la otra agarró rápidamente la honda. Antes de darse cuenta siquiera, ya la había cargado y estaba lista para disparar, el cuerpo en tensión, los ojos recorriendo la hierba reseca a toda velocidad, buscando una pista, un crujido, una brizna que se moviera en contra de la brisa.

Y lo vio.

Disparó con precisión, derribando a la liebre a mitad de salto con el chasquido seco de la piedra contra el cráneo, seguido del golpe blando de un cuerpo inerte sobre las plantas amarillentas. Una sonrisa asomó a su rostro y dio unos pasos en esa dirección para recoger a su presa, cuando otro animal la hizo parar en seco.

De entre las briznas de hierba se levantó una forma pardusca y moteada, de orejas grandes y ojos amarillos, con una quijada en la que destacaban seis enormes colmillos sucios. El olor acre del felino llegó a su nariz como un golpe físico, mientras el miedo, el pánico, le atravesaba el espinazo y hacía que pareciera que millones de agujas se le clavaban en las piernas, empujándola a huir.

Pero no huyó.

Darle la espalda a un lince de boca de hueso bien podía a ser lo último que hiciera, lo sabía. Había visto a uno de esos animales llevarse a un cazador, clavándole sus enormes colmillos en el hombro y rompiéndole la clavícula. Recordaba perfectamente el crujido del hueso y el subsiguiente borboteo de la sangre manando de la herida, silenciado por los gritos de dolor del cazador. No, no pensaba ser ella la próxima víctima... o, por lo menos, no pensaba dejar que la cogiera por la espalda. Si caía, caería de frente, encarando a la muerte.

Suplicó que el gato viera la liebre y se olvidara de ella.

El animal la observó unos instantes, mientras Eithrie temblaba bajo su mirada, calculando cuánto tiempo tardaría en desenfundar los cuchillos si decidía saltar a por ella. Demasiado, le dijeron sus músculos histéricos y su cerebro en pánico. El felino dio unos pasos hacia la liebre, sin dejar de mirar a la humana, y dio varios golpes con la pata al animal inerte. Tras lo que parecieron instantes

eternos, cogió a su presa con los dientes y se fue con saltos gráciles, no sin antes dedicarle un sonoro gruñido a la joven.

Eithrie esperó un minuto, dos, tres. Finalmente, cuando ya no pudo distinguir al animal en la distancia, empezó a temblar.

Con el corazón galopándole en el pecho, se apresuró a marchar en dirección contraria a la que había tomado el lince, sobresaltándose cada vez que la trenza medio deshecha le golpeaba la espalda, cada vez que la brisa se levantaba y le acariciaba los brazos desnudos, cada vez que una ramita seca crujía bajo sus pies.



Consiguió retomar el control de sus piernas casi mil pasos después. Recuperó pronto el aliento, aunque no así la serenidad: hacía mucho tiempo que no se encontraba con un gato a solas, y la sensación nunca cambiaba. Un miedo primigenio siempre se apoderaba de ella, esa locura irracional que la atrapaba y la hacía reaccionar sin que mediara en ello su cerebro. ¿Era así cómo se sentían los animales acorralados? ¿Era eso no tener parte humana? Porque ciertamente en esos momentos olvidaba que era una persona...

Se fijó en lo que la rodeaba y se dio cuenta que había llegado a una de las ruinas de antes de la Última Guerra. Estaba en el centro de lo que Eithrie suponía que había sido una de esas ciudades de las que le había hablado Raneb, pero todo lo que quedaba ahora eran restos destruidos, diseminados en montones de extrañas piedras que llenaban la llanura. Sólo quedaban en pie unos pocos pedazos de pared, roídos por el viento y que parecían deshacerse entre sus dedos cuando se apoyaba en ellos.

Se aseguró de que no había ningún animal escondido entre las ruinas y, tras espantar a una lagartija que se escondió rápidamente en una grieta oscura, se sentó en una de esas paredes.

Frente a ella se extendía la llanura dorada, y al fondo se perfilaban las montañas azuladas, altas, encaramándose al cielo sin nubes. Al otro lado, a su espalda, podía entreverse una línea gris enturbiando el horizonte, difuminando los contornos, y, a derecha e izquierda, la interminable llanura, con la sombra, aquí y allá, de algún árbol medio muerto.

Eso era su mundo, su hogar.

Eso era Clasmathia.